

TRADUCIR DEL INGLÉS Y SUS VARIAS DIFICULTADES

Elsa Cecilia Frost
UNAM

Debo empezar por señalar que, a diferencia de mis compañeros de mesa, en este momento no formo parte de un proyecto de traducción ni tampoco estoy en vías de traducir algo. De hecho, mi última traducción tiene ya dos años en espera de ser publicada. Pero esto no quiere decir que no tenga yo experiencia como traductora y si he de decir la verdad he traducido mucho. Pero también aquí el camino seguido es distinto al de mis colegas. Ahora hay escuelas de traductores y cuando yo empecé no las había. Aprendí los idiomas que manejo por la sencilla razón de que formaban parte de los estudios en el Colegio Alemán donde me eduqué, sin que nunca se me ocurriera que algún día pudieran servirme para algo más que leer un libro en provecho o para placer propio. Las cosas cambiaron al ingresar al seminario del doctor José Gaos. Como sólo aceptaba a los alumnos después de una larga entrevista y en ella salieran a relucir mis posibilidades como traductora, poco tiempo después me recomendó como tal al Fondo de Cultura Económica. Allí, tras hacer una breve prueba en cada uno de los idiomas que, a mi parecer, podía traducir (pruebas que fueron corregidas por el propio Gaos), empecé a trabajar. Pero no como traductora, sino — para mi gran sorpresa — como revisora de las traducciones de libros de filosofía, historia y religión hechas por otros. Puedo decir, en consecuencia, que soy una de las pocas personas que han experimentado en cabeza ajena. A partir de los errores cometidos por otros, aprendí lo que no hay que hacer. En primer lugar, nunca intentar traducir un tema que no se conoce. Si nuestros conocimientos se limitan a la física, pongamos por caso, nunca debe aceptarse traducir un texto de historia del arte. Esto, que parece una verdad de Perogrullo, es básico. Por bien que se conozcan dos idiomas, debe tenerse conciencia de que cada rama del saber humano tiene su propia terminología que, en la mayoría de

los casos, no aparece en los diccionarios (y existen pocos especializados). Además, una cultura nunca cubre por completo a otra por más cercanas que parezcan estar. Piénsese tan sólo en los varios significados que una sola palabra castellana adquiere al cruzar las fronteras. Así, la base necesaria para un buen traductor no es sólo el conocimiento de dos idiomas, sino además de un vocabulario especializado en uno y otro. Aun la historia, que parecería usar el lenguaje de todos los días, nos tiende trampas que, como veremos después, son difíciles de esquivar.

Ahora bien, de lo que aquí se trata es de las dificultades específicas que presenta la traducción del inglés al español. Y la verdad es que son muchas. Como también es verdad que proliferan las academias que ofrecen enseñar inglés en tres meses, lo que lleva a creer que es un idioma sencillo y fácil de aprender. Pero aun sin tomar en cuenta lo que en tales lugares se enseñe, el inglés es una lengua engañosa. Me explicaré. Cuando uno se dispone a traducir del alemán, se prepara a enfrentar toda clase de dificultades. Es como entrar en un laberinto en el que lo mismo nos salen al paso palabras desusadas y desesperadamente largas (a veces inventadas por el autor, por ejemplo, en Heidegger), que artículos que parecen ser intercambiables entre los tres géneros, verbos que separan la raíz del prefijo en forma inusitada o simplemente una sintaxis tan alejada de la castellana que se diría creada **ex profeso** para producir galimatías.

A nada de esto tenemos que hacer frente si se trata del inglés. Las palabras son cortas, sólo hay un artículo, los adjetivos no cambian de terminación según el género, las formas verbales se repiten, si bien el uso del pronombre impide la confusión, etc., etc. De modo que al surgir el primer problema resulta tan inesperado que es muy posible que lo pasemos por alto. Pues debe tenerse en cuenta que el inglés está lleno de lo que podemos llamar “buenos y malos amigos”, es decir, palabras que nos permiten una inmediata y correcta traducción y aquellas otras que, como las malas amistades, nos llevan a la perdición. Son, por lo común, palabras reconocibles a primera vista por su claro linaje clásico. Es más, de modo general, podría decirse que los vocablos de origen griego pertenecen al grupo de los “buenos amigos”, en tanto que los latinos dan muestras de una malicia peculiar. Si encontramos la palabra **melancholy**, la reconocemos sin mayor problema y sabemos que con sólo cambiar la terminación y eliminar una letra (el traductor no tiene que preocuparse por ahora de la pronunciación), tendremos el término castellano exacto. Lo mismo puede decirse de **liturgy**, **theology** o **philosophy**, si bien en este último caso es necesario saber que la griega pasó a algunos idiomas como **ph** y al castellano como **f**. De cualquier modo, nos sentimos y estamos en terreno firme y seguro.

Pero, en cambio, las latinas... Daré un ejemplo. **Bull** en inglés es “toro” y ésta es la primera acepción que asientan los diccionarios. Pero, escondida tras la palabra sajona está otra latina, a saber, el nombre que se da a determinado tipo de documento pontificio. Imaginen pues lo que ocurrió a un insensato o, seamos caritativos, fatigado traductor que las confundió y refiriéndose a Lutero, afirmó

que había sido clavado por el toro papal a las puertas de la catedral de Wittenberg. (Desde luego, es más fácil que un toro embista a un hombre y no que suceda lo contrario.) Aquí puede decirse que la trampa fue doble, ya que no sólo encontró una palabra aparentemente inocua y sin mayor dificultad de traducción, sino que para salvar el obstáculo era necesario un conocimiento histórico del que carecía.

He escrito “aparentemente” y esto me da un nuevo ejemplo de las falsas similitudes, pues ¿qué más sencillo que traducirlo al inglés como **apparently**?, pero también qué mal. Pues mientras que en inglés este adverbio significa “patente”, “evidente” o “indudable”, en español hace referencia a algo que parece ser, pero no es, algo cuya presencia es quizá engañosa. Por ello, traducir **heir apparent** por “heredero aparente” es — haciendo caso omiso de los problemas de la casa real inglesa — un contrasentido, ya que el príncipe en cuestión es el heredero reconocido, no alguien que pretende serlo. ¿Y qué decir de quienes hablan de su “común descendencia” (**common descend**)? De hecho, sólo los matrimonios tienen una “descendencia común”. Lo que los seres humanos en general podemos tener en común con otros es la ascendencia, los ascendientes. Imposible saber, cuando menos para mí, por qué unos pueblos vuelven los ojos hacia atrás y otros, en cambio, miran hacia adelante para decir lo mismo. O, a la inversa, por qué palabras que tienen el mismo origen se refieren a algo completamente distinto en un idioma o en otro.

Para evitar la caída que preparan estos “malos amigos”, me parece básico el conocimiento histórico. Será éste el que nos permita saber que el inglés **clerical** no se refiere siempre a lo eclesiástico, sino con frecuencia al trabajo de oficina porque de hecho en la Edad Media eran los clérigos los que lo hacían. O rastrear el significado de **actual** hasta las traducciones latinas de Aristóteles, de modo que debe traducirse como “real” (o si se trata de filosofía, “en acto”) y no como “actual”.

Desde luego, hay que admitir que en muchísimos otros casos sólo un lingüista excepcional puede rastrear el origen de las diferencias. ¿Por qué **commodities** son “mercancías” y, en cambio, las “comodidades” son **conveniences**, en tanto que las “conveniencias” son **conventions**? ¿Por qué para los ingleses un desastre natural es un **Act of God**? Dije ya antes que una cultura no cubre nunca totalmente a otra y a ello se debe, tal vez, que el buen traductor necesite revestirse de la otra cultura como de una segunda piel para descifrar el significado de una frase. Dice Gabriel Zaid que para hablar inglés es necesario “soltar la quijada, no abrir demasiado la boca, sentirse imperturbable y a prueba de emociones y sorpresas”.¹ Tan imperturbables son los ingleses que nos piden aceptar como verdad lo que nuestros sentidos nos dicen que es mentira. Por ejemplo, cualquiera que haya visto un grabado o una película en que aparezca una cacería de zorras sabe que las casacas de los cazadores son rojas, pero, imperturbables, los ingleses aseguran que son **pink habits** (¡Dios nos libre de traducir “hábitos color de rosa”!). Y con la misma tranquilidad llaman al conejo

de Alicia **pink eyed**, cuando nos consta que todos los demás miembros de la especie tienen rojos los ojos. O dan el nombre de **public schools** a las escuelas privadas y llaman **publicans** a los taberneros.

Volviendo a lo dicho antes y haciendo a un lado estas excentricidades, alguna explicación debe haber para que las palabras de origen griego sean buenas amigas del traductor, en tanto que las latinas parezcan complacerse en desorientarlo. Se me ocurre que esto se debe a que, en general, los términos griegos son cultismos, palabras que o bien pasaron del griego — vía el latín — al lenguaje culto o bien fueron creadas específicamente para dar nombre a una nueva rama del saber, un nuevo instrumento, una vieja costumbre renacida. Y es evidente que no ocurre lo mismo con las latinas.

El inglés es un idioma anglosajón, esto ya se sabe, pero debe tenerse en cuenta que la isla en la que se originó sufrió dos invasiones “latinas”. Los romanos lograron conquistarla y establecieron una colonia en ella, lo que llevó al asentamiento de una población de habla latina con la que los habitantes originales tenían que entenderse de algún modo, por lo que el latín alcanzó cierto arraigo. Sin embargo, la distancia misma que separaba a esta isla de la urbe romana hizo que, ante la presión de los bárbaros, las legiones tuvieran que retirarse y los pobladores nativos volvieran a su idioma y costumbres propios. No fue ésta la única consecuencia de la retirada, ya que la antigua Britania quedó a merced de los nuevos invasores, anglos, sajones y jutos. Fueron siglos tan movidos que apenas cincuenta años después de que el danés Canuto se proclamara rey de Inglaterra, los normandos invadieron la isla bajo el mando de su duque Guillermo, quien reclamaba el trono para sí. Estos nuevos dominadores hablaban una lengua romance, francés, que fue imprescindible para que los vencidos pudieran comunicarse con ellos. Por otro lado, no debe olvidarse que, a partir de Gregorio el Grande, para quien los **angli** eran **angeli**, la Iglesia había enviado misioneros que debían cristianizar a la población. Así, todos estos vaivenes, prolongados por siglos, dejaron en el inglés un enorme vocabulario latino que, a diferencia del griego, no fue patrimonio de los intelectuales, sino que permeó el habla popular y fue modificado por ésta.

El traductor se enfrenta, en consecuencia, a un idioma difícil y plagado de problemas que van desde lo lingüístico hasta lo cultural. Y para resolverlos es necesario no solamente el conocimiento de la lengua ajena y de la propia, el manejo del tema y mucho sentido común, sino también tiempo que es, en la mayoría de los casos, precisamente lo que el traductor no tiene. Recordemos que lo usual es que se trabaje a destajo y que el pago por páginas es escaso, de modo que es necesario traducir mucho para que el dinero alcance. Es imprescindible, en mi opinión, hacer entender que el traducir puede ser un oficio (y no un arte), pero que en todo caso es un oficio especializado que exige una mayor remuneración. Sólo así podrá contar el traductor con el tiempo y tranquilidad suficientes no únicamente para pulir su trabajo, sino para entregar un texto que sea fiel al original y también el espíritu del castellano.

Pondré un último ejemplo. Dije ya que tuve la suerte de trabajar en el Fondo de Cultura Económica, lo que me daba acceso a enciclopedias y diccionarios, a más de la posibilidad de consultar a gente experimentada y sobre todo tiempo para solucionar pasajes dudosos. Así, al revisar una vez la traducción, muy buena por lo demás, de un texto inglés de filosofía, me encontré con que, al hablar de las facultades del entendimiento humano, el autor mencionaba la posibilidad de imaginar un ser mitad toro y mitad asno. No recuerdo el nombre que se le daba en inglés, pero sí que el texto castellano lo llamaba "onagro", que según los diccionarios no es más que un "asno salvaje". El problema estaba en saber si existe en español un nombre para tal bestia y, en caso de que no lo hubiera, cómo formar un neologismo a partir de raíces griegas o latinas. Recuerdo que después de una mañana completa gastada en ir y venires, en consultas a personas y diccionarios, poniendo en juego mis pocos conocimientos de las lenguas clásicas para localizar el término en alguna parte, logré al fin dar con la palabra adecuada en una vieja enciclopedia: "onotauro". Pero fueron muchas las horas empleadas en encontrar una sola palabra. Así pues, sin una remuneración adecuada que permita al traductor la calma necesaria para hacer de su trabajo algo más que una mera rutina, sólo por excepción tendremos buenas traducciones. ¿Cómo escapar de este callejón sin salida? Los seminarios podrían ser una solución, pero si tenemos un sistema de becas para investigadores y otro para creadores, ¿por qué no uno para traductores?

NOTA

1 Gabriel Zaid, "Traducción y transferencia de tecnología", en *Ciencia y Desarrollo*, núm. 5, noviembre - diciembre de 1975, p. 22.